

PODER, «IMPERIO» Y AUTONOMÍA

Patricio G. Lazarte & Nicolás Terradas

«Somos una gran República imperial destinada a ejercer una influencia determinante sobre la humanidad y a modelar el futuro del mundo como no lo ha hecho ninguna otra nación, ni siquiera el Imperio Romano»

Marse Henry Watterson (1896)¹

«Pocas personas fuera de EE.UU. dudan de la existencia de un imperio estadounidense... aunque los estadounidenses persisten en evitar frenéticamente el reconocimiento del imperialismo que en verdad ejercen»

Niall Ferguson (2004)

Introducción

Desde el fin de la Guerra Fría, los estudiosos de los asuntos internacionales han intentado persistentemente explicar tanto el funcionamiento del escenario que abruptamente colapsaba como del que contemporáneamente emergía. En la actualidad, no obstante, aún no se ha llegado a un consenso sobre cómo referirse a este nuevo escenario internacional caracterizado por la insuperable concentración de poder en manos norteamericanas, y al cual se lo continúa llamando poco sofisticadamente por lo que no es. Así, según las voces académicas más autorizadas, hoy nos encontramos en la «post-Guerra Fría». Es decir, el escenario posterior al año 1991; un capítulo más de la Historia al cual aún no hemos logrado entender profundamente y, por ende, al que aún no hemos sabido rotular. En cierta manera, el

¹ Citado en David Healy en *US Expansionism, the Imperialist Urge in the 1980's*, University of Wisconsin Press, Madison, Wisconsin, 1970.

vacío de poder provocado por el colapso de la Rusia Soviética (URSS) transmutó en un vacío de entendimiento, evidenciándose en una incapacidad para llamar a lo que es por lo que verdaderamente es.

En este contexto, el presente trabajo analiza el orden internacional actual mediante un recorte analítico propio que consta de tres dimensiones especiales consideradas como las más relevantes: el poder; su distribución unipolar; y los márgenes de autonomía de las demás potencias. En este marco, se abordan primeramente las relaciones de poder actuales y sus diferentes manifestaciones. En una segunda sección, se analizan las fuentes estructurales y la esencia del poderío norteamericano, en sus expresiones político-militares (brecha tecnológico-militar), geográfico-estratégicas (balanceador off-shore y control de los espacios comunes globales) y económicas (mecanismos financieros e instituciones internacionales). Finalmente, se analizan los patrones de comportamiento general del resto de los actores relevantes —Rusia, China, Japón, India y la UE— para poder, así, dilucidar sus tendencias a futuro.

El objetivo del trabajo, al abordar la peculiar posición actual norteamericana, es aportar humildemente una visión propia que ayude a mejorar la comprensión del orden internacional contemporáneo.

Orden y Poder en el Sistema Internacional

El orden constituye uno de los asuntos más importantes de las relaciones internacionales; su construcción y mantenimiento plantea un desafío tanto teórico como práctico. Según la definición de orden internacional brindada por Hedley Bull —ya clásica— el orden político internacional es concebido como un patrón de actividad estatal orientado a la gestión del sistema internacional en función de determinadas metas, o como un conjunto de disposiciones y acuerdos —formales e informales— mediante los cuales se conduce la política internacional (Bull, 1977: cap. 1). Un aspecto clave en todo orden internacional es que la conducción del sistema, los acuerdos y el patrón

de actividad general se ven determinados directa o indirectamente por el poder y la distribución del mismo.

En un esfuerzo por dar sentido al orden internacional luego de los atentados del 11/S, Robert Cox escribió:

«[...] en el comienzo del siglo veintiuno, hay tres configuraciones de poder que debemos adoptar como punto de partida: [...] La primera es lo que a menudo se llama "imperio americano", o más simplemente "Imperio". [...] La segunda configuración es la persistencia del sistema interestatal westfaliano que fue inaugurado en Europa en el siglo 17 y esparcido a lo largo y ancho del mundo durante el período de dominación europea. [...] La tercera configuración es lo que comúnmente llamamos "sociedad civil" o, a veces, "movimiento social"» (Cox, 2004: 308-309).

El argumento de Cox hace hincapié en la existencia de tres configuraciones de poder diferentes en el orden político actual: «Imperio», Sistema Westfaliano de Estados y Sociedad Civil. Al «Imperio» lo define como distinto al imperialismo de antaño, que significaba el control político y administrativo de las potencias europeas y los Estados Unidos sobre otros territorios soberanos. El nuevo «Imperio» penetra a través de las fronteras formales de los Estados para controlar sus acciones desde dentro a través de la complicidad de las élites locales; y constituye, a su vez, un movimiento hacia la convergencia de las prácticas políticas, económicas, sociales y culturales. Es un movimiento que tiende a la absorción completa del mundo en una civilización. Así, el principio rector del «Imperio» es la unidad. A la segunda configuración la define como «la persistencia del sistema interestatal iniciado en Europa en el siglo xvii y diseminado por todo el globo durante el período de expansión Europea. Los principios rectores del mundo Westfaliano son el pluralismo y una continua búsqueda de consenso. A la tercera y última configuración Cox la define como una configuración de fuerzas que surgió inicialmente detrás del intento de

una globalización económica alternativa y que en la actualidad representa una confrontación directa entre la movilización popular y el «Imperio». La principal diferencia entre esta última configuración de poder y el «Imperio» tanto el Sistema de Estados radica en que sus funciones no parten de estructuras disciplinarias y jerárquicas, sino de un accionar interconectado y descentralizado (Cox, 2004: 308-310). Partiendo de esta interesante visión, el presente trabajo hace un exclusivo hincapié en la primera de las configuraciones de poder sugeridas; en el «Imperio».

Sin embargo, es necesario plantear de antemano el marco en el cual este «Imperio» toma forma.

tipos ideales de orden

Desde la disciplina de las relaciones internacionales habitualmente se identifican tres grandes tipos ideales de orden político internacional: el hegemónico, el equilibrio de poder y el llamado «constitucional» (véase Russell, 2004: cap. 1; Ikenberry, 2001).

Tabla 1. Tipos ideales de Orden Internacional

	Balance de Poder	de Hegemónico	Constitucional
Principio organizativo	anarquía	jerarquía	dominio de las reglas
Constreñimientos sobre el poder concentrado	coaliciones de contrabalance	ninguno	instituciones que atan
Fuentes de estabilidad	equilibrio de poder	de preponderancia de poder	límites al retorno del poder

Fuente: Ikenberry (2001: 24).

Como lo destaca John Ikenberry, para la definición de orden, el poder es un elemento central:

«El debate sobre las fuentes del orden internacional es construido típicamente sobre aquellos que acentúan la importancia del poder y los que acentúan la importancia de las instituciones y las ideas. Esta es una falsa dicotomía. El poder estatal y sus disparidades determinan los dilemas básicos que los estados enfrentan en la creación y mantenimiento del orden [...]» (Ikenberry, 2001: 10).

Definido en éstos términos, el poder dentro de determinado orden puede adoptar varias formas según el número de polos, los cuales se caracterizan por la acumulación, ubicación y distribución del poder². Así, un escenario internacional puede ser descrito como multipolar, cuando la cantidad de polos sea mayor a dos³; bipolar, cuando el número de polos se reduce a dos, y unipolar, cuando existe sólo un polo de poder. Por su parte, en un famoso artículo de 1999, el norteamericano Samuel Huntington propuso un enfoque diferente: la uni-multipolaridad, basándose en su percepción de que el mundo de post-Guerra Fría no era verdaderamente un sistema unipolar. Su visión se apoyaba en que las potencias inmediatamente seguidoras de los Estados Unidos (EE.UU.) eran demasiado poderosas como para identificar a Norteamérica con «un exclusivo polo de poder», pero aún no lo suficientemente poderosas como para ser consideradas como otro polo (Huntington, 1999). No obstante, semejante argumento se basa en un análisis excesivamente relativista sobre del poderío norteamericano y sus seguidores, el cual pareciera pasar por alto el grado inherentemente abstracto e ideal de estas caracterizaciones según polaridad. Siguiendo la misma lógica, entonces, la bipolaridad de la Guerra Fría en realidad tendría que ser catalogada como bi-multipolaridad –contando sólo a China y Europa Occidental— lo cual no se ajusta a los hechos.

² Los polos deben ser entendidos como aquellas grandes potencias (o conjunto de ellas) que en términos relativos, en momentos dados, representan los mayores cúmulos de poder sistémico.

³ Téngase en cuenta que también existen enfoques que distinguen a la *tripolaridad* como una forma de escenario independiente. Véase SCHWELLER (1998)

Teniendo en cuenta que en todo proceso de teorización necesariamente se esquematiza, la pérdida de ciertos detalles semi-importantes es inevitable. Ese es el precio que uno debe pagar en pos de una mejor comprensión. Decir, por ejemplo, que un sistema es unipolar no implica que el resto de los actores relevantes dejen de tener ciertas cuotas de poder o que ellos deban ser excluidos del análisis; sino más bien, simplemente, que existe un solo polo que acumula una cantidad distintiva de poder, suficiente como para crear una cierta brecha entre el polo (o los polos) y el resto de los actores de una manera jerárquica (o de verticalidad). Entonces, el sistema continuará siendo unipolar, y siguiendo con el ejemplo, mientras esta posición y sus estrategias le permitan mantener esta brecha de poder respecto a las potencias más cercanas. Los demás actores que no constituyan polo alguno, permanecerán, por su parte, viviendo en un mundo anárquico (o de horizontalidad) entre sí mismos.

Entendido en estos términos, el poder es el elemento central a la hora de construir, mantener o reedificar los pilares de todo orden internacional. Pero entonces, ¿qué es el poder?

Configuraciones de poder

Por siglos, el mismo ha sido asociado a fuerza, coerción, adquisición de capacidades destructivas o a la imposición directa de todas ellas sobre un Otro. Sin embargo, a medida que los estudios al respecto fueron profundizando el análisis, la definición de este fenómeno se ha ido agudizando y enriqueciendo. Durante la revolución behaviourista, a mediados del siglo xx, surgió por primera vez el estudio sistemático y cuantitativo del poder, que, aunque en la búsqueda infructuosa de cuantificar e indexar los recursos de poder, le dio un carácter más científico al mismo, destacándose el énfasis en la relación entre economía y poder militar como elementos en equilibrio. En parte como

consecuencia de ello, hacia fines de siglo, las críticas sobre el inevitable declive norteamericano se basaron en una visión ampliamente difundida de que las bajas performances en el plano económico tendrían inexorablemente en el fin de su primacía militar. En el año 1990, y haciendo frente a esta creciente crítica, Joseph S. Nye Jr. plasmó en su *La Naturaleza Cambiante del Poder Norteamericano* una importante defensa de la posición hegemónica norteamericana basándose en una reconceptualización del poder, que ha llegado a convertirse hoy en clásica (Véase especialmente Nye, 1990: cap. 2).

En la actualidad, entonces, y siguiendo a este autor, el poder debe ser entendido desde dos facetas distintas. Por un lado, el poder duro, asociado a las capacidades militares, tecnológicas y económicas de un estado y a elementos bajo el control directo de los gobiernos. Por el otro, el poder blando, que se asocia a factores mucho más intangibles que los anteriores y están bajo el control directo de la sociedad civil.

En términos propios de Nye,

«El poder militar y económico son ejemplos de poder duro de control, que puede ser usado para inducir a otros a cambiar sus posiciones. El poder duro puede descansar sobre ofrecimientos (zanahorias) o amenazas (garrotes). Pero hay también formas indirectas de ejercitar el poder. Un país puede obtener los resultados que desea en política internacional si los demás países quieren seguirlo, admirando sus valores, imitando su ejemplo, aspirando a su nivel de prosperidad y apertura. Este aspecto del poder —que los demás quieran lo que tu quieres— es a lo que llamo poder blando» (Nye, 2002-03: 552).

Habiendo clarificado las características centrales entorno al orden, el poder y la polaridad, aún resta abordar la relación entre poder y su aplicación —a lo que llamaremos «carácter» o temperamento—. Debido a que el presente trabajo sostiene que el actual orden internacional es unipolar, es muy importante plantear primero, de forma cla-

ra, la distinción que existe entre unipolaridad, «Imperio» y hegemonía.

Si bien el término imperio hace referencia a poderosas entidades político-territoriales del pasado, no debe confundirse «Imperio» como otra forma más de polaridad, ni mucho menos con algún tipo especial de unipolaridad. «Imperio» debe verse, al igual que hegemonía, como una forma de «carácter» internacional; como en un nivel de análisis distinto respecto a la polaridad de un sistema. Uno y otra no son excluyentes sino, en todo caso, complementarias. Así como hegemonía —definida en términos gramscianos⁴— consiste en el liderazgo sustentado en legitimidad e ideología, «Imperio» es el liderazgo basado en la amenaza del uso de coerción —tanto militar como económica— y en una tendencia centralizadora de las esferas políticas, económicas e ideológicas. Por su parte, la historia de los grandes imperios muestra cómo una y otra vez el inicio del fin de todos los imperios se origina en el momento desde el cual el imperio deja de sustentarse en la amenaza y pasa al uso directo de la fuerza y la coerción. En palabras del historiador Niall Ferguson:

«El poder, entonces, consta en parte de cosas materiales: cañones, manteca, armas, dinero, petróleo. Pero también consiste de moral. En un mundo caracterizado por la difusión de la mayoría de los elementos materiales de poder, el poder real, tal vez, puede ser que provenga de la credibilidad y la legitimidad. La fe no puede mover montañas. Pero puede mover a los hombres (Ferguson, 2003b: 10).

Ambos «caracteres» pueden entenderse como tipos ideales de comportamiento de toda potencia y aplicarse al análisis de los sistemas según su polaridad, dentro de un orden político internacional determinado. Se podría argumentar, así, que importantes enfoques y teorías de relaciones internacionales se sustentan en esta misma idea de

⁴ Para un análisis de los aportes de Gramsci a las relaciones internacionales y, por sobre todo, de la introducción del concepto de «hegemonía» al ámbito de las Relaciones Internacionales, véase Cox (1993).

que las potencias buscan constantemente el liderazgo⁵ por sobre las demás. La forma en que apliquen ese poder las irá acercando o alejando a alguno de estos dos caracteres ideales. A partir de estos elementos, entonces, según qué tipo de sistema se analice (uni-, bi- o multipolar) cada polo representará un puesto disponible —un nicho— para ser ocupado por potencias, las que le imprimirán al mismo sus propios estilos, basados en su historia, su cultura y sus intereses. En palabras de Christopher Layne,

«La primacía de EE.UU. es “mala” cuando se practica unilateralmente o para justificar políticas “aislacionistas”, pero la hegemonía norteamericana es “buena” cuando se practica multilateralmente para llevar adelante intereses comunes más que los estrechos intereses norteamericanos». (Layne, 2002: 2).

Al momento de abordar el presente escenario global, surgen importantísimos detalles que son los que le darán cuerpo y sustancia a la segunda sección de este trabajo. El actual orden internacional es unipolar, es decir, se caracteriza por la presencia solitaria de los Estados Unidos en la cumbre, como la entidad político-territorial más poderosa del escenario internacional. Sin embargo, más relevante aún es el hecho de que este tipo de orden no tiene precedente histórico alguno. Ni las más formidables entidades político-territoriales del pasado —los ya mencionados imperios— son hoy criterios válidos de comparación con su actual posición de primacía. Teniendo en mente todos estos elementos, el discurso más crítico comúnmente destaca la peligrosidad de un «Imperio Norteamericano» y observa en cada accionar externo estadounidense, acciones dignas de ser repelidas por todas las naciones del orbe. Sin embargo, muy pocos se interrogan ¿qué hace tan único y peligroso al actual sistema unipolar? Esto se debe a ciertos elementos distintivos; en primer lugar, dada la expansión internacional de la sociedad europea entre los siglos xvi y xix, a través, prin-

⁵ Por ejemplo las teorías del balance de poder y del estabilizador hegemónico, entre otras.

principalmente, de los imperios holandés, español y británico y la consecutiva apertura e interconexión del mundo —«globalización»—, el sistema internacional se ha vuelto, por primera vez, un verdadero sistema «cerrado»⁶; y en segundo término, los Estados Unidos están posicionados geoestratégicamente de una manera única, que le permite actuar selectivamente o permanecer fuera de los conflictos regionales e internacionales según la definición de sus propios intereses globales, hecho que históricamente se ha manifestado en las llamadas «tendencias aislacionistas /internacionalistas» de la sociedad norteamericana. Lo que hace a este escenario tan peligroso y digno de atención no es ninguno de estos elementos por separado, sino la presencia de este momento presente de conjunción de lo global, lo unipolar, lo geoestratégico y un creciente «carácter» unilateral e intervencionista estadounidense.

Así, entonces, el actual orden internacional puede ser entendido tanto como jerárquico —en sus relaciones de verticalidad entre el «Imperio» y el resto de los actores—, como anárquico —en sus relaciones de horizontalidad entre los demás actores entre sí—. El sistema internacional, por su parte, es conjuntamente unipolar, cerrado y global por primera vez en la historia, con una acelerada transición (post-11/S) desde hegemonía a «Imperio», la cual aún se encuentra en un estado medio y pacíficamente reversible, y que se encuentra jaqueada por factores tanto internos como externos⁷.

«Imperio»

Se habrá notado ya que en repetidas ocasiones en este trabajo se utiliza el término imperio entrecomillado. Ello se debe principalmente

⁶ Incluso «la última frontera» del espacio exterior es una parte integral de este «cerramiento» del sistema internacional, aunque —como se verá más adelante en la sección dedicada a los Estados Unidos— el espacio exterior aún es formalmente «patrimonio de la Humanidad», pero sólo pocas potencias tienen la capacidad de usufructuar *directamente* de este patrimonio común global —a saber, Estados Unidos, la Unión Europea, la Federación de Rusia y China—. Para un excelente análisis del estado de situación actual y prospectivo de la seguridad en el espacio común global del espacio exterior ver WOLTER (2006) y el reporte *Safeguarding Space Security*, UNITED NATIONS (2006).

⁷ Como por ejemplo: el sistema republicano y la opinión pública norteamericana, las posiciones de países aliados, la «Guerra contra el Terror» y sus cargas políticas, económicas y de imagen, y el llamado «síndrome de Vietnam», entre muchos otros.

a que el uso del término imperio se dirige a un tipo de actor internacional diferente —como el romano, británico, azteca, austro-húngaro o incluso el soviético, de épocas pasadas— que al Norteamericano del siglo xx y xxi. Por esta razón, se utiliza aquí «Imperio», para identificar a la particular hegemonía estadounidense actual, e imperio, para hacer referencia al término según las formas de imperio del pasado.

Tabla 2. Visiones principales respecto al «Imperio Norteamericano»

	es un impe- rio	es una clase distinta de imperio o nación	es un impe- rio en decli- ve	no es un imperio
debería ser un imperio	Ferguson, Kaplan, Boot	Ignatieff, Ikenberry (2001)		
podría ser descrito como un imperio		Lundestad	Todd	x
debería ser denunciado como impe- rio	Mann	Hardt & Ne- gri	Johnson	x
no debería ser un im- perio	Bacevich	Huntington		Nye, Brze- zinsky, Ka- gan, Ikenberry (2002).

Fuente: Tønnesson (2004: 333).

Nota: a) La x marca posiciones imposibles.

Aparte de estos autores, hay otros aportes muy interesantes al deba-

te. Véase, por ejemplo, Walker (2002), Rosen (2003), Cox, R. (2004), Jervis (2003) y Cooper (2003).

A su vez, los elementos distintivos que hacen único a este «Imperio» en relación a aquellos otros imperios son muchos y variados. Los mismos han sido analizados en un debate contemporáneo entre académicos, profesores, historiadores, economistas y analistas de renombre mundial. En una publicación muy famosa del analista británico Michael Cox, este sugería que desde el punto de vista académico, tiene sentido considerar a los Estados Unidos como un imperio ya que ello permite realizar interesantes comparaciones como punto de partida para un debate (Cox, 2004). A continuación, la tabla 2 resume las posturas principales en torno al debate académico. Un análisis más profundo de debate «¿"Imperio" o Hegemonía?», aunque muy interesante, no serán abordados aquí con mayor detenimiento debido a los límites de espacio y tiempo. Sin embargo, la presentación esquematizada de las principales posturas y sus protagonistas sirven como breve introducción al posterior énfasis en las características y las dimensiones del «Imperio» norteamericano.

La preocupación por el calificativo imperio no es menor y existe una marcada voluntad académico-gubernamental norteamericana por rebatir trabajos «difamatorios» de numerosos analistas, en general europeos, y sobre todo británicos.⁸ La etiqueta de imperio no sólo se observa en los críticos respecto a Estados Unidos sino también en académicos neo-conservadores pro-imperio, quienes reformularon el término mostrando la posibilidad y la existencia de un imperio «liberal», «benigno» o «de la libertad». En esta línea de ideas, nos encontramos con intelectuales como A. Schlesinger Jr., C. W. Maynes, R.

⁸ Para observar un excelente y apasionante debate sobre el tema, entre dos de los mayores exponentes de los argumentos *in extremis*, consúltese el video y/o la transcripción en el sitio web www.aei.org/events/eventID.428/event_detail.asp. Robert Kagan y Niall Ferguson, si se observa la tabla 2, curiosamente ocupan ambas esquinas totalmente opuestas. Lo mismo puede decirse de sus argumentos.

Cooper, W. Kristol y C. Krauthammer. Sobre esta nueva popularidad del imperio, Immanuel Wallerstein destaca:

«Nótese el uso de la palabra "imperial". Hace apenas dos años, hablar de imperialismo le estaba reservado a la izquierda mundial. De pronto, los Halcones comenzaron a utilizar el término con connotaciones positivas. Y luego, los europeos occidentales —que no estaban en la izquierda— comenzaron a usar el término, preocupados de que Estados Unidos fuera "imperial". A partir del colapso de Saddam Hussein, de pronto, uno encuentra la palabra en cada nuevo relato o recuento. Imperial(ismo) es un término deslegitimador, pese a que los Halcones se supongan muy brillantes usándolo" (Wallerstein, 2003: 2).

Existe, entonces, una dicotomía en las necesidades de Estados Unidos y sus autores entre quienes pretenden instaurar el término imperio como una algo benigno — mostrándolo como la encarnación del bien y el faro de la humanidad— y, por el otro lado, entre una importante variedad de académicos americanos deseosos de volver al término hegemonía, ya que consideran que imperio no es apropiado para definir la actual posición norteamericana en el mundo. En esta última rama podemos encontrar a Robert Kagan y Zbigniew Brzezinsky, entre otros.

Pero lo más importante sobre este tema es, como señala Jervis, que «el destino del diseño norteamericano del orden internacional descansa en manos de los aliados de Washington mas que en sus adversarios» (Jervis, 2003: 86). En tan pocas palabras, Jervis plantea varias ideas. Por un lado, muestra cuán necesaria es la opinión pública norteamericana para legitimar el accionar internacional de Estados Unidos de cara a la posible oposición internacional conjunta de las grandes potencias (China, la UE, Rusia, India y Japón) o así mismo de países medios (Turquía, Brasil, Irán), como se verá más adelante. Y por otro lado, nos muestra que Estados Unidos es un poder incon-

testable. La capacidad de acción, no sólo en el plano militar sino también en el diplomático, cultural y económico es tan dispar como nunca en la historia de las relaciones internacionales. Analícese, por consiguiente, los factores del poderío estadounidense en sus expresiones principales.

Como ya se sostuvo previamente, el carácter imperial o no de una gran potencia está determinada por el tipo de comportamiento de tal potencia. Como sostiene Niall Ferguson⁹, para alejarse de confusas interpretaciones, se debiera aplicar la lógica del «quak like a duck»¹⁰, por la cual si algo emite un «cuac» probablemente sea un pato. Según esta lógica, entonces, mientras los EE.UU. evidencien un comportamiento tendiente a proyectar poder globalmente, absorber mercados y penetrar cultural e ideológicamente las fronteras de los demás estados, estará haciendo «cuac» como un imperio.

Los Estados Unidos, como ya se planteó en la primer parte, se encuentran actualmente en una posición intermedia entre «Imperio» y Hegemonía. Al efecto, poseen dos aristas principales mediante las cuales proyecta y ejerce su inigualable poder de una manera quasi-imperial. Por un lado, su poder militar y económico; y por el otro, sus atributos más intangibles como la exportación de los valores democráticos, liberales y su cultura; lo que comúnmente se llama «la política exterior á la Wallmart».

unipolaridad y hegemonía. factores blandos del poder norteamericano Estados Unidos es la mayor potencia en el mundo, por tanto su política exterior no puede ser menos que global. Cada acción que lleve a cabo tendrá repercusiones no sólo en uno sino en varios Estados; en ocasiones muchos más de los que a simple vista se puede distinguir. Repárese un momento en cómo se encadenan los hechos.

⁹ Véase el debate citado anteriormente.

¹⁰ «Cuac como un pato».

Los factores blandos del poder norteamericano son muy importantes a la hora de analizar la posición estadounidense actual. Hechos pasados y remotos pueden resultar, en definitiva, no tan lejanos y desligados del presente; es decir, las viejas malas experiencias pueden regresar como horrendas pesadillas a atormentar nuestro presente. Esto es precisamente la gran paradoja de la Historia norteamericana, la cual, por ejemplo, plagada de intervenciones militares en el exterior y operaciones secretas de extorsión económica y financiación de facciones antidemocráticas en países no siempre anti-norteamericanos en años de Guerra Fría, continúa una y otra vez acechada por viejas heridas que moldean directa o indirectamente las actuales políticas (y vidas) estadounidenses. Que estos y otros accionares del pasado no tengan hoy un grave impacto en la imagen y confianza del mundo respecto a los Estados Unidos es simplemente un iluso sueño.

Durante la ocupación de Afganistán, por la Unión Soviética, Estados Unidos se dedicó a enviar grandes sumas de dinero a través de Arabia Saudita —principal antagonista diplomático de la URSS— y Pakistán —a los Muyahidín— para que pudieran continuar resistiéndose al poder soviético. Además de dinero, las armas fluían desde Pakistán a manos de hombres como Osama bin Laden quien fue uno de los principales contactos de EE.UU. con la resistencia fundamentalista islámica. El interés de los americanos de ganar el conflicto no era el mismo que el de los Muyahidín y de los jihadistas¹¹, venidos de todas partes del mundo. Como lo expresa un estudioso de la región: «Estados Unidos pretendía empantanar a los soviéticos en una contienda desastrosa a tal punto que los mantuviera ocupado durante años y los hiciera destinar recursos hacia Afganistán, perdiendo apoyo social y desgastándolo políticamente» (Kepel, 2001: 205-239).

¹¹ Utilizamos el termino según la definición de Gilles Kepel (2001) en cuanto a «combatiente de la Yihad originario de otro país».

El entrenamiento que recibió Osama bin Laden, más grandes sumas de dinero, le dieron lo necesario para formar Al-Qaeda. Esta misma organización es la que nos lleva a los eventos colaterales del accionar americano. Atocha es en definitiva un subproducto del accionar norteamericano en Afganistán años atrás (Walt, 2005). Vemos que cada accionar externo de Estados Unidos trae consigo consecuencias a inmediato tanto como a largo plazo, haciendo imposible que los demás estados y actores del sistema puedan verse fuera de mismo, que, por primera vez —como ya se mencionó— es realmente global y cerrado. Hoy, el principal debate sobre el escenario internacional por parte de los demás países, y principalmente de las potencias, es ¿cómo hacer para domar el poderío norteamericano o, cuanto menos, contenerlo? Hay diversas respuestas. Frente a semejante capacidad de poder, las formas son diversas y dependen de las aptitudes y capacidades de cada estado. Sin entrar en complejas definiciones, se puede decir que las estrategias varían desde hacer grandes contribuciones a los lobbies étnicos dentro de los EEUU; enfrentar a Estados Unidos sólo dentro de las organizaciones internacionales multilaterales; o adquirir armamento no convencional o de destrucción masiva, entre otras (Walt, 2005; y para el poder del lobby israelí en los EE.UU. véase el controvertido artículo de Walt & Mearsheimer, 2006). En contrapartida, el debate en los Estados Unidos es cómo lograr deshacer la imagen imperial que recae sobre ellos y cómo formar coaliciones («de buena voluntad») cada vez más numerosas, bajo los principios declarados de la paz, la democracia y la libertad. Lamentablemente para los norteamericanos, las coaliciones de «el eje del bien» se ven día a día presionadas por la comunidad internacional y la opinión pública mundial, disidentes de las políticas imperiales. No sólo esto se genera a nivel internacional, sino que también a nivel doméstico. El síndrome de Vietnam está, poco a poco, volviendo con fuerza a los Estados Unidos y las tesis que analizan el impacto de este síndrome en los

sondeos de opinión pública en EE.UU. y que elaborar comparaciones con un cada vez menos hipotético síndrome de Irak, cada vez adquieren mayor adherentes y sustento¹². Si bien el fervor de las protestas por el imperialismo norteamericano en suelo propio claramente no es el mismo que se vivió en los años de la administración Nixon, en la actualidad hay un rebrote de estas ideas en gran parte de la sociedad norteamericana. Nuevamente, como pesadillas que acechan nuestro presente.

Si aplicar sabiamente el poder blando se corresponde con un «carácter» hegemónico o un liderazgo mundial más tolerable por los demás Estados, el primer paso importante para los Estados Unidos será reconocer la responsabilidad global que acarrea ocupar semejante posición de poder y actuar acorde a ella, abriendo, tal vez, la mesa de toma de decisiones a ciertos competidores internacionales. Como destaca William Wallace (2001) refiriéndose al actual patrón de comportamiento norteamericano para con sus aliados: «Ellos tienen que responder a los requerimientos norteamericanos de ayuda y asistencia sin tener la oportunidad de compartir la formulación de las políticas que han puesto en marcha, en primera instancia, el contexto desde el cual esos requerimientos son solicitados» (Wallace, 2001: 9). Y prosigue:

«Asimismo, no obstante, existen dilemas para los Estados Unidos. La hegemonía descansa sobre el consenso tanto como en la coerción [...] y el consenso tiene que ser generado y mantenido mediante la provisión de un liderazgo persuasivo y haciendo referencia a un conjunto de valores universales. Una hegemonía liberal requiere de los poderes dominantes que presentar su iluminado interés propio como el interés común ulterior de la civilización como un todo. El recurrir explícita e inmediatamente al interés nacional [...] debilita el “poder blando” del

¹² Para un análisis profundo sobre el tema, véase Mueller (2005),

prestigio norteamericano y la reputación, en los cuales el imperio informal de este mundo hegemónico se apoya» (Wallace, 2001: 9).

Si bien el 11/S demostró la vulnerabilidad de Estados Unidos a ataques terroristas desde dentro de su territorio, mediante sus invasiones a Afganistán y a Irak dio cuenta de que su presencia militar — lejos de estancarse— se acrecentó en la última década desde la primera guerra del golfo. Según estimaciones oficiales, la supremacía militar de Estados Unidos es hoy 10 veces más que la que poseía en 1991, cuando se desató la tormenta del desierto.

En lo que concierne a la invasión a Afganistán e Irak, el problema radica en la moralidad de las campañas militares de Estados Unidos; porque durante las décadas pasadas las diferentes administraciones de la casa blanca apoyaron tanto a los afganos fundamentalistas como a Osama bin Laden en contra del expansionismo ruso y a Saddam Hussein en contra del Irán del Ayatolá Jommeini. Es más, los norteamericanos no protestaron siquiera cuando Saddam Hussein utilizó armas químicas contra el pueblo iraní durante la primera Guerra del Golfo, cuando el desarrollo bélico no transcurría del todo bien para Irak.

Si se llevan estos hechos al terreno de las ideas, el idealismo mesiánico que proponen los norteamericanos se desarma al contrastarlo con la historia de las relaciones entre Estados Unidos y los gobiernos dictatoriales de Afganistán e Irak. Entonces, ¿podemos decir que el realismo y el pragmatismo han conducido las relaciones de estos actores? Por lo pronto podemos afirmar que: al menos hay una presente moral de doble estándar en lo que respecta a regimenes totalitarios que poseen grandes cantidades de recursos energéticos como lo son el gas natural y el petróleo en Afganistán o Irak y los regimenes que no poseen recursos estratégicos y que someten a su población — además de ser enemigos de Estados Unidos— como Corea del Norte.

Se podría afirmar, a las claras, que ser un gobierno totalitario no trae aparejado el resentimiento del «Imperio», pero confrontarlo directamente sí. La monarquía Saudí no representa una amenaza a la seguridad de los americanos, dada la sumisión de este régimen a los mandatos norteamericanos —en tanto a la venta de petróleo—, pero el régimen de Irán enfrenta a Estado Unidos, tiene grandes reservas de petróleo y está desarrollando su propia energía nuclear: ¿Por qué no ha habido una invasión? Las explicaciones son diversas, pero la nueva oposición internacional a los Estados Unidos deja ver que el mundo no está preparado para una tercera invasión directa de los EE.UU. a un país islámico en esta década, o al menos, es muy probable que las reacciones vayan mucho más allá de un simple pronunciamiento «con» EE.UU. o «en contra», en términos «bushianos».

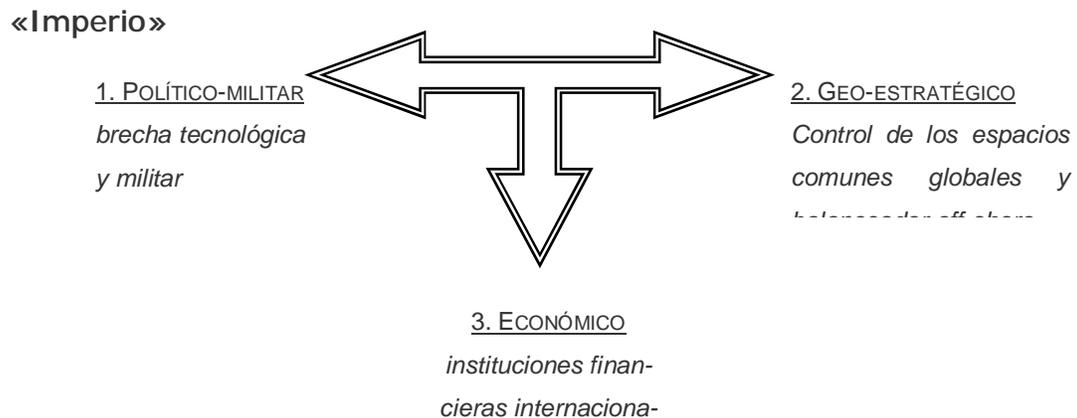
unipolaridad e «imperio». factores duros del poder norteamericano

El presente trabajo parte de la base de que en la medida en que Estados Unidos continúe planteando las relaciones en términos absolutos —«quien no está conmigo está contra mí»— el futuro de la política internacional será mucho más tenso, injusto y peligroso. Si bien, y como se ha venido diciendo, la legitimidad y el consenso son elementos claves a la hora de ocupar el primer podio de poder mundial, los factores de poder duros —como por ejemplo la brecha militar, tecnológica y económica, y la disposición geográfica de los actores— permanecen como los basamentos de todo lo anterior y como los pilares profundos del poderío norteamericano. El dilema no es nuevo y siempre será el mismo. El dilema consiste, no en qué o cuántos atributos de poder, sino cómo se utilizan y ejercen sobre los demás.

El poder duro norteamericano puede analizarse desde varios enfoques, sin embargo, aquí se adoptará una visión propia sustentada en las fuentes estructurales del poderío «imperial» norteamericano. El actual «Imperio» posee tres pilares fundamentales: el pilar político-militar, el geográfico-estratégico, y el pilar económico-institucional.

Es decir, el poder duro del «Imperio» se apoya en un trípode constituido por una magnífica brecha tecnológico-militar, un indiscutido control de los espacios comunes globales favorecido por una posición geográfica única —balanceador off-shore¹³—, y una red de mecanismos financieros e instituciones internacionales que le permiten solidificar lo que muchos llaman un «imperio informal» o «virtual» (Walker, 2002).

Gráfico 1. El trípode del poderío duro norteamericano



El primero de los pilares del «Imperio» norteamericano tiene su origen y explicación en la Segunda Guerra Mundial (SGM) y el escenario resultante, la Guerra Fría. En la historia de las grandes potencias, nunca una de ellas había logrado alcanzar el sueño de dominar sobre una brecha de poder tan fenomenal como para hacer del balance de poder algo inoperante y fútil. Europa es un claro ejemplo de ello; durante siglos, este «viejo» continente ha visto pasar ante sus ojos miles de grandes líderes, comandantes y emperadores, todos tras el sueño de poder unificar Europa bajo un mismo poder; bajo una misma estructura jerárquica de toma de decisiones. Desde el Imperio

¹³ Término utilizado según el artículo seminal de LAYNE (2002).

Romano hasta Hitler, pasando por Carlos V, Napoleón y el Imperio Británico —aquel donde el Sol nunca se posaba—, e incluso hasta el presente, todos han dejado una impronta imborrable en la cultura y la historia universales. Pero a su vez, cada uno de ellos ha sido inexorablemente «víctima» del balance (o equilibrio) de poder. Como bien destacara Waltz en su Teoría de la Política Internacional (1979), no es necesario crear una teoría del mismo, ya que el equilibrio de poder siempre tenderá a emerger —se crea en él o no— cuando uno de los actores acumule tal poder que genere inseguridad en los demás. Sin embargo, los Estados Unidos de América parecieran ser la gran excepción a todas estas elucubraciones teóricas y abstractas ya que luego de la SGM, los EE.UU. lograron ser una de las dos únicas potencias realmente globales, es decir, que su «mundo conocido» se correspondiese verdaderamente con el orbe. Y posteriormente, con la defección de su opuesto, heredó un despliegue militar y estratégico por el mundo que, de una manera más «convencional» y de acorde a las experiencias históricas del pasado (guerra de contra-equilibrio), jamás pudiera haber alcanzado sin altísimos costos humanos. En palabras de Noam Chomsky,

«En una parte se habrá podido terminar la partida, pero Estados Unidos sigue operando como siempre aunque más libremente ya que la disuasión soviética es cosa del pasado. A nadie le hubiera debido sorprender que George Bush celebrara el símbolo del final de la Guerra Fría, la caída del muro de Berlín, invadiendo inmediatamente Panamá y anunciando alto y claro que Estados Unidos boicotearía el resultado de las elecciones en Nicaragua mediante ataques militares y estrangulamiento económico, a no ser que ganaran los “suyos”» (Chomsky, 1995: 41).

Así, EE.UU. se benefició de esta «gran carrera armamentista» que fue la bipolaridad de la Guerra Fría para acumular poder sin sufrir de lo que toda potencia anterior a ella ha sufrido: el contra-equilibrio. Este

hecho fenomenal, no obstante, se explica por lo que otro académico neorrealista (aparte de Waltz) identificó brillantemente.

Posteriormente a los trabajos de Morghentau, Carr y Waltz, un famoso académico norteamericano elaboró una pequeña —pero sustantiva— mejora a la explicación clásica del equilibrio de poder. Stephen M. Walt planteó lo que se llegó a conocer como el balance de amenaza, para explicar —a diferencia del balance clásico— que no sólo la cantidad de poder relativo entre los actores de un sistema determina la emergencia de un contrapeso sino que la clave para el mismo es el «comportamiento» amenazante o no de quien posee semejante desproporción de poder. Este inteligente asterisco sobre la definición de equilibrio de poder trae muchísima luz para el análisis del escenario presente. Como ya se ha sostenido anteriormente en este trabajo, el elemento central (aparte de las cuotas de poder necesarias) para considerar imperio al imperio es su «carácter» o forma de aplicar el mismo, las relaciones y percepciones que, así, éste genera sobre los demás actores. Recordemos una vez más la enseñanza de Jervis, previamente ya citada, que reza: «el destino del diseño norteamericano del orden internacional descansa en manos de los aliados de Washington mas que en sus adversarios» (Jervis, 2003: 86). La misma no sugiere que en las manos de los demás poderes está la fuente del equilibrio, o que cuando ellos así lo quisiesen el poder norteamericano estaría acabado; sino, muy por el contrario, que el poder descansa parte en coerción pero parte en consenso y que sin ese consenso, son los mismos EE.UU. los que estarán minando su propia posición, perdiendo primero el favor de sus aliados, y luego, quien lo sabe con certeza, provocando la emergencia de un verdadero contrapoder (o varios).

Los Estados Unidos gozan en el presente de una posición inigualable, sustentada en lo que muchos llaman una brecha de poder militar y tecnológica. La capacidad de su despliegue de tropas, calidad de

equipos y transporte, las nuevas tecnológicas aplicadas a la guerra y, por sobre todo, la ausencia de posibles competidores hace de los Estados Unidos una gran potencia única en la Historia.

Estos elementos previos conectan el análisis con el segundo de los pilares: el geo-estratégico. Desde el primer asentamiento británico en tierra norteamericana, la construcción de una nación allí, planteaba la gran oportunidad para sus gobernantes de aplicar en el futuro el mismo sistema de equilibrio de poder practicado por Gran Bretaña en Europa, sólo que esta vez, en proporciones globales. Los Padres Fundadores fueron ávidos observadores de esto y rápidamente adoptaron posiciones y estrategias a tal fin, planteando que la prudente política del Estado debería apoyarse en el control de las dos costas —atlántica y pacífica—, en el mantenimiento de vecinos benévolos y en la expulsión de cualquier potencia extranjera en el continente. Estratégicamente, la gran masa continental del Norte de América, esta así posicionada de manera única, semi-independizada de las demás masas continentales plagadas de grandes potencias (y sus conflictos) y de las cuales temer ataques terrestres o competir directamente por predominio regional y mayor seguridad. Desde el momento en que EE.UU. adquirió su forma actual, con la compra de territorios a España y Rusia, y ciertos tratados con Francia, los EE.UU., en otras palabras, pudieron darse el lujo de esquivar la clásica lógica del equilibrio de poder. Como dijera William Wohlforth (1999), no existen mejores cuatro vecinos que los de los Estados Unidos: México, Canadá, el Atlántico y el Pacífico. A esta posición geográfica estratégica peculiar es a lo que se comúnmente se llama balanceador off-shore, término que aunque primeramente diseñado para dar explicación al puesto ejercido por gran britaña en el juego europeo de poder, se aplica fenomenalmente hoy a los Estados Unidos. La clave del concepto consiste en que desde una posición segura (de off-shore) casi externa al sistema, un Estado puede, desde «la otra orilla», elegir el momento

para actuar y a favor de qué parte en disputa. Históricamente, —y por lógica— el balanceador off-shore es status quista mas que revisionista del orden dado, ya que dicha posición permanecerá segura mientras que en la masa continental (caracterizada por al menos dos o tres potencias en constante disputa) no esté unificada bajo un solo centro de poder. Así, es más factible que un balanceador off-shore intervenga —seteris paribus— a favor de la parte más débil em pos de reestructurar un orden que ha sido alterado. Aplicando esta misma lógica a Estados Unidos (ver Layne, 2002), éste se encuentra separado de su «gran masa continental» —el resto mundo— por dos grandes océanos, a los cuales domina sin igual, y dos vecinos amigables y lejos de constituir una amenaza seria a su posición. De esta forma, Estados Unidos es, así como otrora Gran Bretaña respecto a Europa, la única nación con las condiciones para aplicar la lógica de balanceador off-shore a una escala global.

Existe, aún, otro elemento central para el pilar geo-estratégico norteamericano, el cual se encuentra relacionado al control de los comunes globales. En relaciones internacionales se llama espacio común global a aquellos lugares geográficos que no se encuentran bajo jurisdicción o soberanía en particular, sino la de todos. Son aquellos «grandes patrimonios de la Humanidad» como las masas polares, los océanos, el aire y el espacio exterior. Estos espacios comunes globales, no obstante, son sólo formalmente de todos, ya que sin las capacidades tecnológicas para acceder a los mismo, se debe depender de las soberanías (y autoridades) de otros actores «más capaces» para que los frutos de dichos espacios sean usufructuados por todos. Por ejemplo, el Hombre llegó a la Luna en 1969 sólo formalmente; en realidad, el Hombre norteamericano llegó a la Luna, y los beneficios de la exploración espacial, luego de la caída soviética, si bien «se derraman» —para utilizar un término económico— hacia el resto del

mundo, pasan primero por manos norteamericanas. Lo mismo sucede con otros aspectos (ver Posen, 2003).

En lo que aquí nos concierne, EE.UU. posee el inigualable control de los comunes —tierra, aire, mar y el espacio exterior— y sólo el primero de ellos plantea aún lo que Barry Posen (2003) llama «zona en disputa». Nadie podría argumentar en contra de que Norteamérica no conoce rivales en términos tecnológico-militares y control de los Océanos, con sus flotas desplegadas por todo el mundo; de que no conoce disputa alguna en control y exploración espacial y aérea; ni que alguna otra gran potencia puede plantear por sí sola una real amenaza a este monopolio indiscutido estadounidense.¹⁴

Finalmente, el tercer y último pilar está constituido por el sistema financiero y comercial creado y moldeado por los Estados Unidos desde el fin de la SGM. El mismo está edificado bajo cuatro grandes instituciones internacionales dedicadas a mantener cierto control del que se podría considerar como otro «común global»; los frutos de la Naturaleza. Mediante el comercio, la economía internacional está conectada de manera tal que las producciones nacionales puedan «intercambiar» según regulaciones y normas internacionales, de una manera «justa» los productos o frutos de su parcela de territorio controlado «soberanamente». En tanto este comercio internacional no sea «justo», los grandes ganadores del juego (primero entre todos ellos, Estados Unidos) controlan otro «común global», que no les pertenece exclusivamente, sino a todos por igual. El Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), las Naciones Unidas (ONU) u otras como la OCDE, dan forma a este último pilar fundamental en los cuales resta el «Imperio» (para un análisis profundo de este pilar, véase Cox, 2004).

¹⁴ Como se verá más adelante, algunas tendencias contrarias y de disputa de los espacios comunes globales se pueden percibir en la actualidad.

En la siguiente sección, se analizará el «carácter» del resto de los actores internacionales, intentando identificar en el proceso la presencia de patrones de comportamiento, que permitan luego, diagramar posibles estrategias y escenarios futuros.

Autonomía

Luego del sucinto análisis del actual orden internacional hasta aquí presentado, muchas interrogantes necesitan aún de nuestra atención. ¿Cuánto margen de maniobra existe en este «Imperio» en formación? ¿Qué hacer frente a esta relación de fuerzas y hechos, al parecer, tan rígida e indisputable? ¿Cuáles son los mejores mecanismos para revertir el advenimiento del «Imperio»? ¿Es esto posible? ¿Es ello «bueno»? ¿Por qué?

Primero, es necesario plantear qué actores merecen ser tenidos en cuenta; y segundo, qué mecanismos poseen estos para alcanzar sus objetivos. En respuesta al primer punto, sólo aquellos actores o entidades territoriales merecen ser tenidos en cuenta, no por seguir la lógica estado-céntrica a priori, sino porque para poder alterar y desafiar la estructura «Imperial» (como ya se la definió previamente), el monopolio de la violencia legítima, la soberanía sobre un territorio específico y las capacidades militares, económicas y políticas como recursos de poder, son bases fundamentales desde donde comenzar; y ya que estos no convergen en otros tipos de actores de la manera como lo hacen en los Estados modernos. Así, otras entidades relevantes como las Organizaciones Internacionales Gubernamentales y No Gubernamentales, las Corporaciones Multinacionales, los Grupos Sociales Organizados (como por ej. Greenpeace o Al-Qaeda) y demás actores no estatales globales, si bien son parte de todo el engranaje, no son los agentes centrales de cambio de orden, al menos por sí solos. Es posible pensar en una participación conjunta con los Estados, en cuyo caso, sus dimensiones unidas sí podrían potenciar positivamente las acciones en pos de un límite al poderío centralizador «Im-

perial». Respecto al segundo punto, identificaremos por un lado a la Unión Europea (UE) y a Japón, y seguiremos por otro, a Andrew Hurrell (2006) identificando también a China, Rusia, India y Brasil, como los principales puntos de referencia.

Por razones de espacio, sólo se abordará uno de los aspectos en los cuales estos diversos y heterogéneos Estados convergen en términos de «carácter» o comportamiento internacional respecto a los Estados Unidos en tanto «Imperio». Comúnmente, el catálogo de estrategias al alcance de toda «segunda potencia» presenta los ya mencionados balances de poder/amenaza, pero también el *bandwagoning* (o «subirse al tren»)¹⁵, el balance «blando» de poder¹⁶, el compartir de los costos del «Imperio» (o *burdensharing*) y finalmente, la autonomía — en términos de la teoría constructivista, como relacional—¹⁷.

En este espectro de posibles actitudes del resto de los países, se pueden identificar dos lógicas dominantes. Primero, que los balances de poder (ya sean clásicos o blandos), la integración y las posiciones contestatarias exigen altas cuotas de coordinación política entre sus agentes impulsores. Y segundo, que sólo las estrategias de *bandwagoning*, *burdensharing* y/o autonomía relacional no requieren de coordinación alguna entre los diferentes Estados y pueden ser aplicados individualmente. Si se analiza, por ejemplo, el producto bruto global (PBG) —medido en millones de dólares— se observa que obviamente los Estados Unidos ocupan la primera posición, con un valor nominal de 10.383.100, los cuales equivalen al 32.13% del mundo. Japón, Alemania y el Reino Unido le siguen detrás con 3.993.433 (12.36%), 1.984.095 (6.14%), y 1.566.283 (4.85%) respectivamente. Francia y China continúan luego en las posiciones, con 1.431.278

¹⁵ Una estrategia de *bandwagoning* consiste en gozar de beneficios sin aportar a los gastos del mismo. Así como alguien que se sube a un tren en marcha, sin pagar, viaja gratis de polizón, los Estados pueden preferir no enfrentar al «Imperio» y, en cambio, intentar mantener «relaciones carnales» con el hegemon a fin de poder obtener beneficios indirectos o «por derrame».

¹⁶ Un balance blando de poder consiste en la coordinación de estrategias de «baja política» para poner freno al «Imperio». A diferencia de las estrategias de balance de poder (duro), estas no contemplan el contrapeso militar o la coerción económica.

¹⁷ Para un tratado sobre el concepto de autonomía relacional véase RUSSELL & TOKATLIÁN (2002).

(4.43%) y 1.266.052 (3.92%), en ese orden. India se ubica muy por debajo, con 510.177 (1.58%), y por su parte, Brasil posee un valor nominal de 452.387, equivalentes a un 1.40% del PBG18.

Desde otra óptica, aunque íntimamente relacionada, el gasto militar como porcentaje del producto bruto interno de los países en cuestión —como muestra en la tabla 3 para el período 1989-2004— evidencia una tendencia de leve crecimiento en el gasto militar a partir del año 1999. Si bien ciertos países muestran una performance irregular a través del período, debe contemplarse que muchos eventos importantes han dejado su impronta. Por ello, si se centra el enfoque sobre el sub-período 1999-2004, se observará un crecimiento leve pero sostenido (y en ciertos casos una estabilización) de los porcentajes. Si se toman en cuenta las posiciones ocupadas por estos países de manera particular, es indudable el gran peso de sus economías nacionales en la economía internacional, y por ello, los porcentajes en gasto militar son uno de los tantos indicadores para medir sus «actitudes» en materia de poder duro de las demás grandes potencias.

Tabla 3. Gasto militar como porcentaje del PBI

	1989	1991	1993	1995	1997	1999	2001	2003	2004
Estados Unidos	5.5	4.7	4.5	3.8	3.3	3	3.1	3.8	4
Rusia	14.2	...	5.3	4.4	4.5	3.4	4.1	4.3	3.9
China	2.8	2.5	2.1	1.8	1.7	2	2.2	2.3	2.4
India	3.5	3	2.9	2.7	2.7	3.1	3	2.8	3
Japón	0.9	0.9	1	0.9	0.1	1	1	1	1
Brasil	3.3	1.4	1.8	2.1	1.7	1.9	1.7	2.1	1.5

¹⁸ Cifras extraídas del *World Development Indicators database*, World Bank, April, 2004.

Subtotal	24.7	>7. 8	13.1	11.9	10.7	11.4	12	12.5	11.8	
RCIJB										
UE	Reino Unido	4	4.1	3.5	3	2.7	2.5	2.4	2.7	2.8
	Alemania	2.8	2.2	1.9	1.6	1.5	1.5	1.5	1.5	1.4
	Francia	3.5	3.4	3.3	3	2.9	2.7	2.5	2.6	2.6
	Subtotal UE-3	10.3	9.7	8.7	7.6	7.1	6.7	6.4	6.8	6.8
TOTAL*	35	>18 .5	21.8	19.5	17.8	18.1	18.4	19.3	18.6	

Fuente: Elaboración propia según base de datos online del Stockholm International Peace Research Institute.

Nota: * Sin Estados Unidos.

Si la emergencia de una coalición o alianza contra-balanceadora es lo que se quiere medir, el principal indicador a analizar es, sin duda, el gasto que las potencias hacen en materia seguridad y defensa. En ese rubro, todas las potencias consolidadas aquí abordadas (Rusia, el Reino Unido, Francia, Alemania y Japón), tanto como las emergentes (China, India y Brasil), ora se han mantenido estables en sus gastos, ora han aumentado lentamente en las asignaciones a la fuerza militar. Aún así, no representan individualmente —ninguna de ellas— una proporción equiparable a los gastos norteamericanos desde el fin de la URSS.

Por lo tanto, como aprendizaje de esta observación bastante superficial, tomando en cuenta sólo uno de los indicadores relevantes al efecto¹⁹, se puede sostener que hasta el momento no existe evidencia alguna de estar en presencia de una coalición emergente de contrabalance anti-norteamericano —como sí sugieren algunos autores, Walt (2005) y Pape (2003) entre otros—. Sin embargo, sí se eviden-

¹⁹ Para mayor información y un exhaustivo análisis de otros indicadores, véase POSEN (2003), WOHLFORTH (1999), FERGUSON (20003b) y muy especialmente el CIA WORLD FACBOOK 2005.

cia que las respuestas de estos actores específicos frente a las invasiones o acciones militares extranjeras por parte de Estados Unidos (Afganistán e Irak) no son de plena colaboración, sino todo lo contrario²⁰. En cambio, como se discutirá en las siguientes conclusiones, lo que hasta el momento se evidencia son tan sólo movimientos individuales y descoordinados de autonomía, en términos relacionales y defensivos. Es decir, al no poderse constatar aún la emergencia de políticas de coordinación y un aumento considerable en gastos bélicos a tal efecto, se cree aquí que sugerir el inicio de una alianza anti-hegemónica o un polo de poder contra-balanceador es algo apresurado. Muy por el contrario, todo indicaría que este nivel de coordinación requerida para contrapesar el poderío norteamericano no es real ni se cree que pueda ser muy factible en un corto y mediano plazo. Lo que sí pareciera tener lugar, al menos hasta el momento, es un «carácter» tendiente a la autonomía relacional defensiva del resto de las potencias; una actitud no coordinada y pasiva-reactiva, que hace valer regionalmente las cuotas de poder —empequeñecidas por el poder relativo norteamericano—, y que se apresta sólo a delimitar ciertos espacios mínimos regionales en donde Estados Unidos no posee todas las puertas abiertas de par en par.

Así entonces, y dada la distribución unipolar de poder actual, la gran mayoría de los estados están ejerciendo —tácita o implícitamente— políticas posibles y dentro de sus capacidades y márgenes de manobra; estrategias definidas aquí como de autonomía relacional defensiva, las cuales aún no configuran un «equilibrio de poder blando» —porque no se deben a una coordinación de políticas de contra-equilibrio—, pero que no obstante podrán ir «endureciéndose» de manera proporcional a la profundización (y al «endurecimiento») de la unipolaridad estadounidense en el sistema político internacional.

²⁰ Salvo, tal vez, en el caso británico. Para un análisis completo de las respuestas «no-colaborativas» del resto de las potencias (aliadas y no aliadas a EE.UU.), véase PAPE (2003), WALT (2005), HURRELL (2006) y LAYNE (2002).

Conclusiones

Habiendo analizado los basamentos del orden internacional actual y, con mayor detenimiento, la particular posición norteamericana, las estrategias posibles de las demás potencias es un tema no menor pero sí es relegado del análisis en este trabajo ello es netamente por razones de espacio. De todas maneras, el «gran cuadro» está completo y el énfasis sobre el «Imperio», que es la verdadera intención del trabajo, ya ha sido abordado satisfactoriamente. No obstante, hay ciertas preguntas —muy importantes— que aún quedan por responder, y que se atenderán a continuación.

estados unidos: «imperio» y hegemonía

La primer gran interrogante que aún permanece sin contestación convincente (el debate continúa) es cómo definir plenamente la actual posición de los Estados Unidos. ¿Son un imperio o una hegemonía? Aquí ya se anticipó, y se planteará ahora más claramente, que la Norteamérica del siglo xxi se encuentra en un estadio intermedio, posiblemente en transición de una hegemonía hacia un imperio, al cual, sin embargo, no se lo cree ulteriormente viable. A dicha ambigua y continuamente fluctuante postura (véase la definición de «Imperio Virtual» de Walker, 2002), se la definió como «Imperio» (entrecomillado) para dar un merecido crédito a quienes —particularmente desde la Historia— resaltan ciertas similitudes entre el «Imperio» actual y los imperios del pasado; y para reconocer, igualmente, a quienes destacan correctamente las diferencias del primero con los otros, y que explican lo único y lo distintivo de este nuevo «Imperio» norteamericano. Nuestra respuesta a estos autores es: ni imperio ni hegemonía, sino parte de ambos al mismo tiempo. Este «Imperio», sin embargo, no es único por las razones que este segundo grupo de estudiosos argumenta (a saber: el hecho de ser un imperio liberal, republicano y basado en los valores de la libertad y los derechos huma-

nos), sino por lo que en este trabajo se sostiene como características centrales: lo que hace único al «Imperio» es su conjunción de lo global con un sistema unipolar y cerrado, en donde su posición geográfica semi-aislada permite suponer una larga estadía allí en la cumbre y, en la medida en que se comporte hegemónica más que imperialmente, seguirá siendo un factor de pacificación mundial —previniendo, como hasta ahora, grandes guerras mundiales—. Asimismo, de esta festejada «estabilidad de la unipolaridad» norteamericana (ver Wohlforth, 1999 y Krauthammer, 2002/03) no se cree aquí que la misma se apoye en la brecha de poder militar y tecnológica exclusivamente (cada vez más relativa e inconmensurable) o en su orgulloso autonomismo económico (cada vez más dudoso), sino más bien, en cuestiones geográfico-estratégicas y de actitud (o «carácter»).

Mientras los Estados Unidos permanezcan «sentados» sobre un contexto regional en donde la lógica del balance de poder sea inaplicable —por la ausencia de grandes potencias vecinas—; mientras el resto de las demás potencias siga atado ineludiblemente a sistemas de equilibrios de poder regionales (o locales) —China, Japón y Rusia en Asia, Egipto e Israel en Oriente Medio, el Reino Unido, Francia, Alemania y Rusia en Europa, etc.—, posibles serios competidores siempre verán su empresa destruida antes de nacer. Imaginemos las extremas dificultades a las que una potencia revisionista emergente —incluso al estilo de la Alemania de Hitler o la Francia de Napoleón— tendría que enfrentar antes de poder unificar/controlar su región más próxima, para poder recién luego pensar en disputar el poder norteamericano a escala global. Una y otra vez las potencias así actuan-tes, han caído presa de una lógica muchas veces relegada o denunciada como «auto-profetizante» de la guerra. No sorprende que los Padres Fundadores norteamericanos quisieran hacer pasar al olvido el estudio del equilibrio de poder (mas que el sistema en sí), el cual de-

nunciaron primero como la causa de la guerra continua en Europa, luego aplicaron, paradójicamente, de manera impecable para su país directamente hasta alcanzar la cima.

viviendo con el hegemon

Otra interrogante perdura aún en el aire. ¿Hay que evitar el «Imperio»? ¿Qué lo hace odioso o porqué oponernos? ¿Qué alternativa al mismo podría emerger? ¿Qué es mejor, «malo conocido» o «malo por conocer»? ¿Cuáles son los peligros de «desarmarlo»? El presente trabajo parte de la premisa de que el «Imperio» debe ser evitado o —al menos— limitado satisfactoriamente por razones que ya antes se enunciaron pero que volveremos a mencionar. Primero, porque toda empresa destinada a centralizar el control político, económico y cultural en una escala global naturalmente está predestinado a fracasar o a morir intentándolo de forma infructuosa. Sería nefasto para las peculiaridades del mundo (culturales, sociales, naturales, etc.) sumir todo en la lógica unificadora del «Imperio». De hecho, la tendencia dominante desde el siglo xvi no ha sido la unificación sino la fragmentación del control político social. El surgimiento de los Estados modernos, en cierta manera, es evidencia de esta tendencia, al venir de un mundo de Imperios, desorden y caos para pasar a un mundo de «imperios nacionales a pequeña escala». ¿Quo vadis mundo?

En lo concerniente a los márgenes de maniobra de las demás potencias, no se debe confundir un comportamiento coordinado (contrabalance) con la suma de actividades autónomas e individuales, descoordinadas pero convergentes, que es lo que en realidad están sucediendo.

Existe una cuestión más relevante aún. Los peligros del «Imperio» no deben ocultar los otros peligros posibles; los del día después. Los griegos tenían un Dios llamado Némesis, el cual cumplía todos los deseos a quien se lo pidiese. Lo interesante es la moraleja de ello, ya que Némesis cumplía los deseos tan fielmente que estos terminaban

convirtiéndose en verdaderas torturas y pesadillas. Por ello, es menester tener cuidado con lo que se desea... podría volverse realidad. Y si ello ocurriese; si el «Imperio» fuese desmantelado con éxito, ¿qué escenario emergería después de todo? Como advierte Niall Ferguson (2004a), el fin del «momento imperial» podría generar un vacío de poder tal (es decir, de polos de poder), que sería comparable a una virtual vuelta a la Edad Media, a un verdadero mundo hobbesiano de anarquía; algo a lo que, tal vez, Huntington se arriesgaría a llamar «hiper-multipolaridad» o «multipolaridad nulas». Más allá de los rótulos, de esto se desprende una conclusión muy importante. No sólo es necesario y deseable desmantelar la posible conformación del «Imperio», sino que, además, es necesario plantear una alternativa válida, creativa e inteligente; algo mejor. De otra manera, sino, tal esfuerzo no tendría sentido. Esta y no otra estrategia, conforma una verdadera amenaza al «Imperio»... un modelo alternativo de organización social y económica.

Poder, «Imperio» y Autonomía

Por otro lado, en orden de poder evitar un contragolpe a la hegemonía, EE.UU. debería, al mismo tiempo, actuar auto-limitándose. La consideración sobre si EE.UU. debe actuar uni- o multilateralmente, envuelve una falsa dicotomía. En la política internacional las grandes potencias siempre colocan sus propios intereses en primer lugar, así deben hacerlo. «La política internacional es un reino competitivo, tal como los estudiosos de las relaciones internacionales han sostenido desde los tiempos de Tucídides» (Layne, 2002: 242-243). Como diría él mismo, «sólo el poder restringirá al poder». Y así es, sea el poder ajeno o el propio. El problema, no obstante, no es simple ya que en el mundo de la política (nacional o internacional) da réditos ser egoísta... y más cuando se está en la cúspide. Entonces se podría explicar esto en la sencilla frase: «Todo aquel que obtiene poder teme perderlo». Si embargo, gran parte de la responsabilidad para la superación de

este miedo recae también en el resto de las potencias. Como reza otra de las enseñanzas de Tucídides, «El fuerte hace lo que puede y el débil lo que debe». EE.UU. está haciendo lo que puede, es decir, lo que está a su alcance y lo que dicta su miedo. Ahora bien, ¿estamos nosotros haciendo lo que debemos? Mientras las actitudes y acciones de las demás grandes potencias continúen alimentando la lógica del poder, ésta tendrá vigencia y será imitada en contrapartida. Encontrará su auto-justificación en las reacciones del Otro. El gran desafío es cómo prevenir el advenimiento del «Imperio» pero sin continuar este juego infinito. En otras palabras, cómo ser «buenos» y lidiar con «el mal», sin perder la «bondad».

Las estrategias ideales propuestas aquí, a la luz de todo lo analizado hasta ahora, constan de cuatro acciones principales:

(1) disputar los espacios comunes globales. Al ser este uno de los pilares fundamentales del «Imperio», generar capacidades endógenas para disputar estos elementos estratégicos surge como algo imprescindible. La UE es, tal vez, el más formidable ejemplo en este y en los sucesivos puntos, habiendo desplegado sus propios sistemas de satélites europeos y, a partir de allí, sistemas propios de posicionamiento global (por ej. Galileo), de comunicación y e imagen satelital, entre muchos otros.

(2) fomentar la creación de un balance de poder regional en el continente americano. La idea motriz de este punto es que es sumamente necesario eliminar la condición de balanceador off-shore de la que goza EE.UU., reforzando el poder de dos de sus «vecinos», mientras disputando el control sobre los otros dos «vecinos», el Atlántico y el Pacífico. Mediante la estrategia anterior, ambos océanos deberían dejar de constituir un espacio seguro y tanto México como Canadá deberían alcanzar un status de potencia media —al menos—, con lo cual EE.UU. ya no podría continuar su estrategia de involucramiento selectivo a escala global, y se vería enmarañado en la misma lógica de ba-

lance de poder de las grandes potencias. Todo ello, a su vez, haría más difícil mantener a largo plazo el llamado «momento unipolar». Al respecto, la UE, siguiendo nuestro modelo, posee los lazos más fuertes —comerciales y de ayuda financiera— con, justamente, Canadá y México, y por lo tanto, se encuentra posicionado mejor que ninguna otro actor internacional para impulsar esta estrategia.

(3) disputar el mundo financiero. Este otro pilar se asocia más comúnmente al predominio del dólar en la escena internacional y las instituciones financieras que así lo estructuran. El dólar, como herramienta de hegemonía, sustenta parcialmente su posición en un elemento tan frágil como «la confianza» internacional y su valor como moneda de reserva nacional predilecta. En este asunto, nuevamente la UE pareciese seguir una estrategia de autonomía y diferenciación, desarrollando y manteniendo una gran performance con su propia moneda; el euro.

(4) proponer un modelo alternativo. Como ya se dijo antes, el verdadero sentido de desmontar el «Imperio» no puede no ir acompañado de la presentación de una alternativa mejor y superadora. Un modelo económico, cultural, de valores, ideológico y, por sobre todas las cosas, viable; algo así como lo que representó el modelo comunista mientras duró: una alternativa que funcionaba. Al respecto, por última vez, la UE es el actor internacional que presenta las credenciales más válidas: un modelo económico que, si bien es capitalista, dista mucho del modelo norteamericano; un sistema de valores, que son la cuna de los principios occidentales; y un modelo de acercamiento a sus vecinos muy disímil a la norteamericana. Como un perspicaz analista norteamericano destacó, pareciera que los americanos son de Marte y los europeos de Venus. Los unos más propensos al unilateralismo y a la paz mediante la guerra (al poder duro) y los otros más

propensos al multilateralismo, a la diplomacia y a la paz mediante la paz²¹.

La clave es que: a situaciones excepcionales, como la actual, hay que contraponer estrategias inteligentes, creativas e igualmente únicas. Hay que aprender y enseñar a compartir los espacios comunes de poder, no simplemente para evitar la concentración norteamericana de poder u obstruir su monopolio, sino para estar preparados para atender juntos desafíos globales que recién ahora están comenzando a aparecer. Al menos ésta es una forma pacífica y responsable de hacerlo.

Si finalmente el «Imperio» toma forma, al menos abogemos por ser agentes de control y revisión, para que, si los Estados Unidos pretenden ser un imperio, lo hagan bien. Y si, en cambio, logramos prevenir el «Imperio», al menos hagámoslo bien.

Unos meses antes de los atentados del 11 de septiembre, el historiador estadounidense Arthur Schlesinger Jr. había emitido la hipótesis de que «a pesar de la tentación de superpotencia» nacida de la unipolaridad, Estados Unidos no incurriría en el imperialismo dado que ninguna nación estaba en condiciones de «asumir el papel de árbitro o de gendarme mundial» ni de responder por sí sola a los desafíos globales ambientales, demográficos y políticos del siglo XXI. Como muchos intelectuales, Schlesinger se mantenía confiado en la «capacidad de autorregulación de la democracia» estadounidense y en la racionalidad de los dirigentes. Sin embargo, y parafraseando a un perspicaz observador británico, es importante recordar que es difícil ser bueno y poderoso al mismo tiempo (Cooper, 2004).

Así como los superhéroes de las historietas norteamericanas de mediados del siglo pasado, como Súperman, Batman o El Hombre Araña, que frente al dilema de poseer ilimitadamente tanto poder asumían

²¹ Al menos desde la creación de la UE, ya que la Historia de Europa es la más sangrienta y horrorosa de la política internacional.

con responsabilidad y auto-limitación sus obligaciones para con el bien y la justicia... de que EE.UU. aprenda o no a emular éstos, los mayores de los «superpoderes» y las mayores de las virtudes; dependerá, en última instancia, su propio futuro como la primer superpotencia global en la Historia.

Bibliografía Referenciada

Bacevich, A. J. (2002): *American Empire*, Cambridge: Harvard University Press.

Boot, M. (2002): *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*, New York, Basic.

Brzezinski, Z. (2004): *The Choice: Global Domination or Global Leadership*, New York.

Bull, H. (1977): *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Columbia University Press, New York.

Chomsky, N. (1995): *Las intenciones del Tío Sam*, Txalaparta, Tafalla.

Cooper, R. (2003): «The Next Empire», *Prospect*, octubre.

Cooper, R. (2004): «Hard Power, Soft Power and the Goals of Diplomacy», en David Held & Mathias Koenig-Archibugi (eds.), *American Power in the 21st Century*, pp. 167-180.

Cox, M. (2004): «Empire? The Bush Doctrine and the Lessons of History», en David Held & Mathias Koenig-Archibugi (eds.), *American Power in the 21st Century*, pp. 21-51.

Cox, R. (1993): «Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method», en Stephen Gill (ed.), *Historical Materialism and International Relations*, Cambridge University Press.

Cox, R. (2004): «Más allá del Imperio y el Terror: Reflexiones críticas sobre la Economía Política del Orden Mundial», *New Political Economy*, Vol. 9, Nº 3, septiembre.

- Ferguson, N. (2003a): «An Empire in Denial. The Limits of US Imperialism», *Harvard International Review*, Vol. 25, N°3, Fall.
- Ferguson, N. (2003b): «What is Power?», *Hoover Digest*, N°2.
- Ferguson, N. (2004a): «A World Without Power», *Foreign Policy*, July/August.
- Ferguson, N. (2004b): *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*, London, Allen Lane Penguin.
- Hardt, M. & Negri, A. (2000): *Empire*, Cambridge, Harvard University Press.
- Huntington, S. P. (1999): «The Lonely Superpower», *Foreign Affairs*, March/April.
- Huntington, S. P. (2004): *¿Quiénes somos?*, Paidós, Barcelona.
- Huntington, S. P. (2004): *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, New York, Simon & Schuster.
- Hurrell, A. (2006): «Hegemony, liberalism and global order: what space for would-be great powers?», *International Affairs*, N° 82, 1.
- Ignatieff, M. (2003): *Empire Lite: Nation-Building in Bosnia, Kosovo and Afghanistan*, London, Vintage.
- Ikenberry, G. J. (2001): *After Victory. Institutions, Strategic Restraints, and the Rebuilding of Order after Major Wars*, New Jersey, Princeton University Press.
- Ikenberry, G. J. (ed.) (2002): *America Unrivaled: The Future of the Balance of Power*, Ithaca, Cornell University Press.
- Jervis, R. (2003): «The Compulsive Empire», *Foreign Policy*, July/August.
- Johnson, C. (2004): *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the*
- Kagan, R. (2003): *Of Paradise and Power*, New York, Alfred A. Knopf.
- Kaplan, R. D. (2002): *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos*, New York, Random House.

- Krauthammer, C. (2002/03): «The Unipolar Moment Revisited», *The National Interest*, Winter.
- Layne, C. (2002): «Offshore Balancing Revisited», *The Washington Quarterly*, Vol. 25, Nº 2, Spring.
- Lundestad, G. (2003): *The United States and Western Europe Since 1945: From 'Empire' by Invitation to Transatlantic Drift*, Oxford, Oxford University Press.
- Mann, M. (2003): *Incoherent Empire*, New York, Verso.
- Mueller, J. (2005): «The Iraq Syndrome», *Foreign Affairs*, November/December.
- Nye, J. S. (1990): *La Naturaleza Cambiante del Poder Norteamericano*, Grupo Editor Latinoamericano, Colección Estudios Internacionales.
- Nye, J. S. (2002-03): «Limits of American Power», *Political Science Quarterly*, Vol. 117, Nº 4.
- Pape, R.A. (2003): «The World pushes back», *The Boston Globe*, March, 23.
- Posen, B. R. (2003): «Command of the Commons. The Military Foundations of U.S. Hegemony», *International Security*, Vol. 28, Nº 1, Summer.
- Rosen, S. (2003): «An empire, if you can keep it», *The National Interest*, Spring.
- Russell, R. & Tokatlian, J. G. (2002): «De la autonomía antagónica a la autonomía relacional: una Mirada teórica desde el Cono Sur», *Perfiles Latinoamericanos*, Nº 21, diciembre.
- Russell, R. (2006): «Vietnam and Iraq: their legacy to Iran», *DEF*, marzo, Nº 7.
- Russell, R.; Pérez Llana, J. C.; Hirst, M. & Tokatlian, J. G. (2004): *Imperio, Estados e Instituciones. La Política Internacional en los comienzos del siglo XXI*, Colección Temas del Sur, Fundación OSDE y Editorial Altamira.

Schlesinger Jr., A. (2000): «Unilateralism in Historie Perspectiva», en *Understanding Unilateralism in US foreign Policy*, RIIA, Londres.

Schweller, R. L. (1998): *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler's Strategy of World Conquest*, New York, Columbia University Press.

Tønnesson, S. (2004): «The Imperial Temptation», *Security Dialogue*, Vol. 35, N° 3, September, pp. 329-343.

United Nations (2006): *Safeguarding Space Security: Prevention of an Arms Race. Conference Report, 21-22 March 2005*, United Nations Institute for Disarmament (UNIDIR), United Nations, Geneva, Switzerland, February.

Walker, M. (2002): «America's Virtual Empire», *World Policy Journal*, Summer.

Wallace, W. (2001): «Living with the hegemon: European dilemmas», *Social Science Research Council / After Sept. 11*. Disponible en www.ssrc.org/sept11/essays/wallace_text_only.htm.

Wallerstein, I. (2003): ¿Conmoción y Pavor?, *Revista Realidad Económica*, Bs. As.

Walt, S. M. & Mearsheimer, J. J. (2006): «Israel Lobby», *London Review of Books*, Vol. 28, N° 6, March 23. Disponible en www.lrb.co.uk/v28/n06/print/mear01_.html

Walt, S. M. & Mearsheimer, J. J. (2006): «The War Over Israel's Influence», *Foreign Policy*, July/August.

Walt, S. M. (2005): «Taming American power», *Foreign Affairs*, September/October, Vol. 84, Issue 5.

Wohlforth, W. (1999): «The Stability of a Unipolar World», *International Security*, Vol. 24, N° 1, Summer.

Wolter, D. (2006): *Common Security in Outer Space and International Law*, United Nations Institute for Disarmament (UNIDIR), United Nations, Geneva, Switzerland.